

Paravicino: Entre el loor y el vituperio

POR

JORGE BALCELLS DOMENECH

Si pudieran colocarse en una balanza las amistades y los enemigos de que gozó o sufrió fray Hortensio en su tiempo, sin duda el fiel se inclinaría hacia las primeras, pues el carácter de Paravicino era susceptible de concitar la amistad de individuos de talentos tan diferenciados como los de Góngora, Lope de Vega y Quevedo. Salvo un incidente con el joven Calderón, no consta que el trinitario tuviera altercados con ninguna otra persona. Hubo, eso sí, quienes le criticaron su estilo, pero se desconocen sus nombres.

Entre las amistades literarias —críticos, eruditos y creadores— y en general artísticas de Paravicino sobresalen las que mantuvo con Góngora, el Greco, Quevedo, Lope de Vega, Salas Barbadillo, Pantaleón de Ribera, Bartolomé Leonardo de Argensola, Jáuregui, Pedro de Valencia y Pellicer de Tobar.

GONGORA

A partir de 1609 Paravicino y Góngora mantuvieron una excelente amistad que sólo pudo truncar la muerte, en 1627, del cordobés. De estos dieciocho años de afecto mutuo nos quedan, por una parte, las cartas que Góngora, por un motivo u otro, remitió al trinitario. La nota dominante en ellas es el aprecio de Góngora hacia el fraile, aprecio que culminaría en la designación de Paravicino por don Luis como uno de los ejecutores de su testamento.



Era muy frecuente que los amigos de Paravicino le visitaran en su celda. Entre los que le visitaron a menudo podemos citar a Lope de Vega, Pellicer, Pantaleón de Ribera y Góngora. Este último lo atestigua en la carta que envió en julio de 1622 a Cristóbal de Heredia: «De aquí a la Trinidad los domingos, favoreciendo con pistos la semana, caballos y guarniciones. El domingo pasado vi en la celda de Hortensio al Señor Marqués de Armuña...» (1). Indudablemente Hortensio, ávido coleccionista, poseía en su celda una copiosa biblioteca cuyos libros suscitaban el agrado de sus amigos. En ella Paravicino guardaba no pocos textos de don Luis, quien al decidirse por fin a mandar a la prensa su entera obra poética no tuvo más remedio que escudriñar la librería del amigo para encontrar una buena parte de sus poesías.

Pero, sin embargo, en donde mejor se refleja la entrañable amistad de los dos escritores no es en el epistolario de Góngora, sino en las poesías que se dedicaron mutuamente. La estima que ambos se dispensaban no se refleja con proporcionalidad en la cifra de composiciones que uno dedicó al otro. En efecto: a pesar de que la obra de don Luis es muy extensa, el poeta de Córdoba sólo alude expresamente a Paravicino en dos sonetos, mientras el trinitario, cuya producción se reduce a menos de la cuarta parte de la gongorina, dedica al poeta de las *Soledades* un soneto y un romance de ciento treinta y dos versos. El soneto de Góngora rotulado «Al Padre Maestro Hortensio, de una audacia del Padre Maestro Fray Luis de Aliaga, confesor del Señor Rey don Felipe III», se fecha en 1620, y pertenece, por tanto, al período (1618-1624) en que el cordobés se traslada de modo definitivo a Madrid a caballo de sus «ilusiones de medro», según frase de Dámaso Alonso (2).

En el soneto en cuestión, el poeta, a vueltas de desarrollar metafóricamente el tema de la caza, llama a su amigo «Hortensio mío», y pone de la paciencia con que el padre Aliaga, amigo de Paravicino y luego de Góngora, soportaba a los demasiado machacones en las audiencias que concedía:

«Al que de la consciencia es del Tercero
 Filipo digno oráculo prudente,
 de una y otra saeta impertinente
 si mártir no le vi, le vi terreno.
 Tanto, pues, le ceñía ballestero,
 cuánta le estaba coronando gente,

(1) LUIS DE GÓNGORA, *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1967, pág. 951.

(2) DÁMASO ALONSO, *Estudios y ensayos gongorinos*, Gredos, Madrid, 1970, pág. 144.



dejándole el concurso el despidiente
hecho pedazos, pero siempre entero.
Hortensio mío, si ésta llamo audiencia,
¿cuál llamaré robusta montería,
donde cien flechas cosen un venado?
Ponderé en nuestro dueño una paciencia,
que en la atención modesta fue alegría,
y en la resolución, sucinto agrado» (3).

En el otro soneto, escrito tres años después del anterior, alude a los hermanos Paravicino, Francisco y Hortensio, declarándoles su agradecimiento por la ayuda prestada en momentos de desesperanza:

«Sople rabiosamente conjurado
cóntra mi leño al Austro embravecido,
que me ha de hallar el último gemido,
en vez de tabla, al áncora abrazado.
¿Qué mucho, si del mármol desatado
deidad no ingrata la esperanza ha sido
en templo que de velas hoy vestido
se venera, de mástiles basado?
Los dos lucientes ya del cisne pollos,
de Leda hijos, adoptó: mi entena
lo testifique dellos iluminada.
¿Qué fuera del cuidado, que entre escollos,
que entre montes, que cела el mar, de arena,
derrotado seis lustros ha que nada?» (4).

En estos dos sonetos se aprecia que Góngora admira a Paravicino, y le admira, a buen seguro, por su afabilidad y comprensión hacia los demás. No se olvide que Góngora escribe estos versos en circunstancias que le son adversas. Los textos de Paravicino, en cambio, acentúan más la vertiente de las relaciones literarias. En el romance alaba a don Luis y le da ánimos ante la falta de reconocimiento de algunos sectores hacia su meritoria labor poética:

«O tú Lelio, que heredando
al docto Marcial la pluma,
las sales que el mundo admira,
Píndaro mejor renuncias.
A quien el jayán de Ulises
quarta dosinacria punta,

(3) LUIS DE GÓNGORA, *Sonetos completos* (ed. de Biruté Ciplijanskaité), Castalia, Madrid, 1975, pág. 104.

(4) *Op. cit.*, pág. 252.

deve más luz, que a su frente
apagó la Griega astucia.

Cuyas sacras soledades,
misteriosas, sino mudas,
quanto respeto las pueblas,
tanta deidad las oculta.

Hijo de Córdoba grande,
padre mayor de las musas,
por quien las voces de España
de ven de bárbaras cultas.

Ya que el cielo en nuestras vidas
sus luminares conmuta,
sea en los dos uno el ejemplo,

Ya viste anochecer honra,
que amanecer ves más pura,
pues no tolera la Aurora
manchas que admite la Luna.

No los disgustos nos vençan,
temporal es la fortuna,
si el Sol muere muchas veces,
también resucita muchas» (5).

Tras elogiar el trinitario las *Soledades*, le expresa que también se siente incomprendido a causa de las innovaciones cultas que ambos han introducido en el lenguaje poético.

Acierta Dámaso Alonso al decir que la mejor prueba de la admiración de Paravicino a Góngora reside en el soneto que transcribo:

«Ya que obediente, ó a interior respeto,
ó, entera admiración venera mudo,
Córdoba, quanto atenta a usurpar pudo,
sed mía estudiosa a tu mayor sujeto.

Recibe para el tan leve afecto
de gratitud, como este acento rudo,
de quien azeros ya colgó, y escudo,
siervo, sino del ozio, del secreto.

De cisnes jamás vistos, genio oculto
las plumas pareció, si bien menores
estas, qual breve arroyo a largo río.

Rinda pues al mayor, el menor culto,
y en grata niebla, en pompa igual de olores
tus aras cubra ofrecimiento mío» (6).

(5) FÉLIX DE ARTEAGA, *Obras póstumas, divinas y humanas*, Alcalá, Imp. de María Fernández, 1650, 7 fols., 192 fols., fols. 13-15.

(6) *Op. cit.*, fol. 69.

Cierto: en el poema transcrito, cuya artificiosidad técnica es, tal vez, el mejor homenaje del discípulo al gran maestro del culteranismo, Paravicino confiesa su medianía, como poeta y como culterano, respecto a don Luis de Góngora.

La amistad de Paravicino hacia Góngora, y la amistad que hubo entre ambos explica, como adelantábamos antes, que el cordobés ofreciera al predicador el encargo de ser su testamentario, y que fray Hortensio aceptase complacido. Y así, muerto ya don Luis, el seis de junio de 1628, en el ejercicio de sus funciones autoriza Paravicino a Pellicer de Salas para que imprima el *Polifemo* comentado. Leamos unas cuantas líneas del interesante documento:

«En la villa de Madrid, a seis días del mes de junio de mil y seiscientos y veinte y ocho, ante mi el escrivano y testigos parecio presente su paternidad reverendisima fray Ortensio Felix Paravicino... Como testamentario ynsolidum que es y quedó de don Luis de Góngora... y del ussando su paternidad reverendisima, dixo y otorgó que le daba y le dio su poder cumplido, quam bastante de derecho se requiere y es necesario, a Don Joseph Pellicer de Salas, vecino desta dicha villa, para que en nombre de su paternidad reverendisima, ... y ante quien y con derecho pueda y deva y pida licencia para imprimir unas leciones solenes que dicho don Joseph a hecho al Polifemo del dicho don Luis de Góngora, y contradecir y contradiga que de otra ninguna persona las imprima ni otra ninguna obra del dicho don Luis de Góngora; ...» (7).

EL GRECO

Es probable que Paravicino conociera personalmente al Greco a partir de 1607, iniciándose desde entonces una amistad entre ambos que se sellaría un par de años más tarde con el estupendo retrato que Theotópuli hizo al religioso, quien le correspondió con el celebrado soneto que transcribo íntegramente:

«Divino Griego, de tu obrar no admira,
que en la imagen exceda al ser el arte,
sino que della el cielo por templarte
la vida, deuda a tu pincel retira.
No el Sol sus rayos por su esfera gira,
como en tus lienzos, basta el empeñarte,

(7) LUCAS DE TORRE, «Documentos relativos a Góngora», *Revue Hispanique*, t. XXXIV, 1915, págs. 289-291.

en amagos de Dios, entre a la parte
 naturaleza que vencerse mira.
 Emulo de Prometheo en un retrato,
 no afectes lumbre, el hurto vital deja,
 que hasta mi alma a tanto ser ayuda.
 Y contra veinte y nueve años de trato,
 entre tu mano y la de Dios, perpleja,
 cual es el cuerpo, en que ha de vivir, duda» (8).

Paravicino compuso, aparte del soneto citado, tres sonetos más dedicados al pintor. En uno de ellos, «Al túmulo que hizo el Griego en Toledo para las honras de la Reina Margarita, que fue de piedra», se lee:

«Al nácar que vistió cándido pone
 Toledo agradecido por valiente
 mano de Creta caxa peregrina» (9).

Otro se titula «A un rayo, que entró en el aposento de un pintor». Al comentar el poema dice P. G. Millán que Hortensio relaciona el vulgar suceso con la mitología pagana, con las ideas cristianas y con el arte del pictórico. Efectivamente, Júpiter, ofendido o envidioso de que el artista, emulándole, infundiese vida en los seres que pintaba, desencadenó esa tormenta y lanzó el rayo contra el estudio (10). Ahora bien, si cesó la tormenta no fue porque Júpiter perdonase a Toledo por sus lienzos, sino porque el Greco gobernó los enojos del cielo:

«governaste del cielo los enojos.
 Envidia los mostró, templólos miedo,
 y, en triunfo tuyo, su castigo o ceño
 hiciste insignias, cuando no despojos» (11).

El cuarto soneto lo compuso a raíz de la muerte del Greco: «Al túmulo deste mismo pintor, que era el Griego de Toledo». En él, después de aludir a los que quisieron, por envidia, oscurecer la fama que alcanzó la obra del pintor, concluye con estos versos:

«Creta le dio la vida, y los pinceles
 Toledo, mejor patria donde empieza
 a lograr con la muerte, eternidades» (12).

(8) *Op. cit.*, fol. 63.

(9) *Op. cit.*, fol. 63.

(10) PABLO G. MILLÁN, «Paravicino y el Greco», *Revista de la Universidad de Valladolid*, Cast. I, 1940-41, págs. 119-142.

(11) *Op. cit.*, fol. 74.

(12) *Op. cit.*, fol. 74.

Las notas que percibe Paravicino en la pintura del Greco pueden resumirse en tres: extrañeza o singularidad, maravilloso manejo del colorido y valentía del pincel.

PEDRO DE VALENCIA

Otro amigo entrañable de Hortensio fue el humanista Pedro de Valencia, al que se dirigió Góngora solicitando su parecer sobre las *Soleidades* y el *Polifemo*. Probablemente comentó Pedro de Valencia con el fraile trinitario los versos de estas obras del poeta cordobés. Interesa dedicar un espacio a esta amistad ya que Paravicino la reflejó también en su literatura, en concreto en un soneto, al que por cierto nadie había hecho referencia aún. El trinitario se lo dedicó al cronista real con ocasión de un retrato que de éste había efectuado un pintor de nombre «Felipo». El título de la composición reza así: «A un retrato de Pedro de Valencia, cojo, por Felipo, pintor». En el soneto Paravicino llama al amigo «Valencia grande», y le brinda otras lisonjas. Sin embargo, el interés mayor del texto radica quizá en la considerable presencia temática de la pintura, fenómeno muy frecuente en obras literarias del XVII, y en particular en las de fray Hortensio. Pero copiemos el soneto para corroborar lo que se ha dicho:

«Esta en caducas tintas, espirante
 verdad, que al lino eternidades fía,
 tanto a la muerte es hurto, quanto al día
 de la virtud crepúsculo durante.
 Reliquia es, no copia del flamante
 Sol de las ciencias, que entre sombra fría
 soberviamente grata desafía,
 del mismo origen la igualdad constante.
 Valencia grande, no el pincel valiente

de Filipo, tu bulto ilustra, anima,
 tu genio, si eficaz aun en su idea.
 Siempre vives por ti, siempre presente,
 serás a todo siglo, a todo clima,
 o dure España, y tanta gloria veal» (13).

¿Fecha de este soneto? Colijo que Paravicino podría haberlo escrito tras el óbito de su ilustre amigo, según parecen confirmar los últimos versos del poema, en el que el autor insiste en la perdurabilidad de la fama del desaparecido.

(13) *Op. cit.*, fol. 68.

CALDERON DE LA BARCA

Para valorar la tan conocida controversia entre Hortensio y el joven Calderón debemos establecer el punto de arranque de la misma, y situarla debidamente en la época. Todo empieza a raíz de una herida que el cómico Pedro de Villegas infirió al hermano del que sería gran dramaturgo. La justicia iba persiguiendo al agresor, pero éste logró refugiarse en el convento de las trinitarias, situado cerca del lugar de la reyerta. Ante las insistentes llamadas del comediante, las monjas se decidieron abrir la puerta, y cobijaron dentro de la casa al perseguido. Al ver que ya se había roto la clausura, los alguaciles no tuvieron empacho alguno en penetrar también en el recinto, donde, aparte de no dar con el fugado, en medio del fenomenal lío que se produjo, trataron desconsideradamente a las religiosas.

Obviamente, este incidente o —en frase de Frutos Cortés— «aventura de entre bastidores» (14), levantó muchas críticas. Lope de Vega, quejoso, y con motivo, pues en el convento de las trinitarias se hallaba su hija Marcela, escribiría una carta al duque de Sessa en estos términos:

«Grande ha sido el rigor buscando a Pedro de Villegas; el monasterio rota la clausura y aun las imágenes, que hay alcalde que se traga más excomuniones que un oídor memoriales. Ana de Villegas con guardas; el Mozo en Osuna y la justicia buscándole entre las monjas, a quien sacrílegamente han dado los golpes que pudieran a Cristo si la hallaran en la defensa de sus esposas. Yo estoy lastimado tanto por todas como por mi hija. El delito es grande; pero ¿qué culpa tienen las inocentes? Mas ¿cuándo no la tuvieron los corderos de la hambre de los lobos?» (15).

Paravicino buscó un momento muy oportuno para censurar la conducta de los alguaciles: unos días después del suceso, el 11 de enero de 1629, y con ocasión de pronunciar ante Felipe IV el sermón fúnebre en honor de los padres del monarca, inculpó a los ministros de la justicia real del atropello infringido a las trinitarias. Calderón se sentiría aludido doblemente en la prédica, pues era parte afectada, y además Hortensio aprovechaba el momento para atacar a comediantes y a poetas dramáticos. Estas fueron dos razones, seguramente, explicativas del porqué, en *El Príncipe constante*, se burló de la oración funeral del fraile. Cotarelo lo cuenta así:

(14) E. FRUTOS CORTÉS, *Calderón de la Barca*, Labor, 1949, págs. 19-20.

(15) EMILIO COTARELO, «Ensayo sobre don Pedro Calderón de la Barca», *B. R. A. E.*, t. IX, 1922, págs. 44-61.



«Escribía por entonces Don Pedro Calderón su *Príncipe constante* y en la escena en que Brito, gracioso de la comedia, al salir salvo del viaje marítimo hecho con peligro de naufragio, lanza jocosas invectivas contra el mar y los que le surcan, al preguntarle un personaje qué es lo que dice, responde con unos versos que hoy no poseemos seguidos, porque han sido reemplazados por otros, pero en los cuales había estas frases, quizá represalia de otras que desde el púlpito hubiese dirigido a Calderón el padre Paravicino:

Una oración se fragua
fúnebre, que es sermón de Berbería...
Panegírico es que digo el agua,
y en emponomio horténsico me quejo;
porque este enojo, desde que se fragua
con ella, el vino, me quedó, y ya es viejo» (16).

Esta mención al gracioso quejándose en «emponomio horténsico» fue la gota que colmó el vaso, la chispa que más encendió la ira de Paravicino. El padre trinitario acudiría al juez protutor de teatros quejándose de las burlas de Calderón y logró que condenaran al poeta a varios días de arresto en su casa, y a que suprimieran los versos alusivos a la persona del fraile. Pero no terminó todo ahí. Paravicino dirigió un memorial al monarca ponderando la gravedad de la ofensa, que a su juicio se hacía extensiva al rey y a la religión. Veamos cómo Hortensio cuenta el suceso:

«Don Pedro Calderón, pues, hermano del herido, no a sangre que llaman caliente del dolor de su hermano, sino después de mucho días, hase querido vengar de mí, si no de Dios, cuya honra sólo deseé y pretendí... Esta doctrina... no pudo tolerar don Pedro Calderón, o por su genio atrevido o porque las iglesias le duelen poco, pues en los Angeles, este mismo año, dió un bofetón (dicen) a un honrado caballero que con paciencia evangélica la debió de respetar más. Tomó la venganza el viernes pasado en una comedia que llaman *El Príncipe constante*, con sacarme al teatro de las comedias por mi mismo nombre, introduciendo en esta corrupción de las buenas costumbres, perpetua ofensa de Dios y los hombres, un lacayo bufón (o gracioso que ellos llaman), haciendo mofa de mis sermones, en especial de dos oraciones fúnebres o panegíricos funerales que prediqué y dije una vez y otra a V. M. mismo, en honra de sus gloriosos padres... Las palabras y versos infames (este nombre le dan las leyes) son estos que aquí pondré, habiéndolos copiado de la comedia, escrita

(16) *Op. cit.*, pág. 51.

y firmada de Don Pedro Calderón, en casa del autor de ellas yo mismo. ¡Miserable desdicha de siglo que tantos miedos debe de dar, de que se viene abajo toda la religión! Los sermones de que, con expresos términos se burla Don Pedro Calderón... son las honras de los padres de V. M.; delito condenado en las leyes por de lesa majestad... ¡Gran desdicha mía ser yo el primer hombre en quien se han ensayado por mi poco valor las blasfemias públicas del Evangelio en aquel lugar! ¡Gran nota de la Corte católica que se le pueda representar por público y festivo espectáculo, como el lidiar de un toro, la honra de la palabra de Dios, desangrada por las tablas!... De la doctrina de Jesucristo y obligación de sus predicadores fragua Don Pedro Calderón las gracias de un bufón vinoso, llegando a tanto su desacuerdo, que habiendo ofrecido quitarlas el primer día, instó en que se repitieran por otros cuatro; y, lo que visto aun no se atreve a creer nadie, se arrojó él a que representase a V. M. el domingo en la noche! Y si V. M. se ha divertido con mi dolor, sírvase de reparar que las Oraciones que quiso infamar (con ministros para ello) Don Pedro Calderón son las honras de los padres de V. M.; y los califica por sermones de Berbería por mentira bárbara y Alcorán fabuloso e impío, así ellas como el enseñamiento cristiano, pues no contienen otra cosa aquellas oraciones y panegíricos fúnebres. Yo, antes de ellas a los pies de V. M. y ofender a sus reales y puras orejas con tan indignas relaciones di cuenta a los Protectores de las comedias y al Cardenal Presidente, y he entendido que la demostración que se ha hecho con el poeta es restarle en su casa con dos guardas, tratamiento de señor en un hombre particular... con que la pena que merecía la temeridad se ha vuelto premio de la hazaña; y lo que se ha hecho con los representantes es que los rótulos que había puesto con tinta negra, hoy los pongan de colorada, y mañana lo pretenderán de mi sangre misma. Señor, esto en este estado, yo no tendré ánimo de subir más al púlpito, no por miedo de esas irrisiones, que son mis glorias (¡se conoce!), sino porque no se continúen en mi persona los agravios de Dios y de V. M. Sólo esta circunstancia tan grave he puesto a los ojos de V. M., de cuya mano espero el remedio, como desta gente nuevas ofensas; pues hoy que se la beso, hallo los rótulos colorados que dije arriba, puestos en verso y con palabras que avisan desta locura a cuantos la podían ignorar; con que me veo obligado a esperar cada día últimos y estruendosos agravios» (17).

Cotarelo entiende que el escrito se concibió con el propósito, por parte de Hortensio, de mezclar al rey en el asunto, pues el monarca pa-

(17) *Op. cit.*, págs. 52-54.

réce había aplaudido la pulla, y la comedia continuaba representándose. Pero, en fin, los trámites siguieron su curso y el monarca entregó el memorial de Paravicino al Cardenal de Trejo, presidente de Castilla para que estudiase el asunto y emitiera su parecer. Este, al cabo de unos meses, informó al rey detalladamente del suceso y, al decir de Cotarelo, «puso las cosas en su punto...», aunque algo severo hacia el poeta». Quizá la severidad del cardenal estuvo motivada por la reacción desmedida de Hortensio, reacción que se aparta bastante de su modo cotidiano de obrar, según advierte Emilio Alarcos García, para quien «esa reacción llega a extremos sorprendentes en persona tan bondadosa e indulgente como Paravicino» (18).

Al igual que en el caso de otros episodios de su vida, episodios que de algún modo se reflejan en su poesía, también este suceso tuvo su expresión en verso, en concreto en el poema titulado «A Jesucristo, en una ofensa hecha al autor». En el soneto se lamenta Hortensio de que, por culpa de causas profanas, no se respete el lugar sagrado. Si, como hemos dicho antes, el sermón en el que ataca a los comediantes y poetas dramáticos fue escrito y pronunciado en enero de 1629, podemos asegurar que el poema se escribió, asimismo, en ese año. Leyendo detenidamente el soneto se percibe que, en efecto, se refiere al altercado con don Pedro Calderón. Dice así el texto:

«A vos Señor, y a vos Crucificado
 espiró indignamente émula trompa;
 del abortivo Apóstol, bien que pompa
 resuene alguna, el genio aun descuidado.
 Nunca privado afecto me ha obligado,
 a que con mano, lengua o pluma rompa,
 en agravio de otro, ni interrompa
 públicas causas el lugar sagrado.
 De la sangre en que ya tantas divinas
 rocas de sal batió, purgó crecientes
 sus arenas, gentil Anfiteatro.
 Como en vuestra heredad tenéis salinas,
 que hasta su gesto inunden mal mordientes,
 ya a la arena se mezclan del teatro» (19).

DOS SONETOS CENSORIOS

Hemos mencionado, al comienzo de este artículo, dos sonetos anónimos contra la oratoria de Paravicino. Considero oportuno, por lo que

(18) EMILIO ALARCOS GARCÍA, «Los sermones de Paravicino», *R. F. E.*, t. XXIV, 1937, pág. 166.

(19) *Op. cit.*, fol. 116.

de testimonio literario e histórico tienen, transcribirlos aquí. Veamos el primero, cuyo rótulo reza «Al Padre Hortensio»:

«Mi Padre, su pensar iluminado
adornado de escorços y de lejos,
bien podrá lejos ser, pero tan lejos
ninguno fue que no volvió cansado.
No hay bocado sin hueso, y lo mondado
todo para en reflejos y reflejos;
manjar de moços es porque los viejos
buscan lo vivo y cuelgan lo pintado.
Quiere perder los medios con que labra
la palabra forma, vos y concepto;
orejas le darán pero no oído.
Predicar voces no es decir palabra;
de excesos ha querido hacer defecto,
y sin darse a entender ser entendido:
No le responderá ningún gemido
bostezos sí, que es cosa averiguada
que abren con el de boca y dicen nada» (20).

El segundo soneto, éste sin estrambote, está dirigido «Al mismo»:

«De aquel lenguaje cresco e intrincado,
oscuro y con descuido oscurecido,
entre transposiciones escondido,
gocé hora y media de un silencio gallardo.
Traspiés de lengua es todo lo inventado
y pasajes de boca lo pulido;
ecos de luces hay, quede perdido
en lugar de volver edificado.
Después de haberme dado garatusa
y queda como dicen zapatero,
tela no vi de toda esta maraña.
Huyo de ti, pedernalina musa,
orlen tus estrivillos y el empero
locuciones de herizos sin castaña» (21).

Los versos citados constituyen una muy detallada sátira, indicativa de que el anónimo autor había escuchado muchas veces al fraile, y de que, además, estaba al corriente del mundillo en el cual se movía Hortensio, ya que al principio de los sonetos hay la siguiente nota: «Los que no conocen al dicho Padre Hortensio han menester comento

(20) ADOLPHE COSTER, «Baltasar Gracián», *Revue Hispanique*, t. XXIX, 1913, pág. 611.

(21) *Op. cit.*, pág. 611.

para cualquier palabrita de estos dos sonetos, y si no quedarán ayunos. Pero el señor Juan Antonio y todos vmds., que le tienen bien conocido y saben como habla y como predica, han de confesar que el autor de ellos no pudo decir más ni pintar menos.»

Todavía hubo otro zoilo anónimo que atacó la oratoria de Hortensio en el escrito *Censura contra los Epitafios o elogios funerarios* y el *Panegírico funeral de Felipe III*. La mencionada censura se perdió, sin embargo, gracias a la defensa con que Jáuregui replicó en su *Apología por la verdad*, se han podido reconstruir los argumentos del censor. Este tildó a Hortensio de plagiario, pero Jáuregui demostró, con discretas y eruditas razones, que el trinitario no copió a los Padres de la Iglesia.

ELOGIOS A SU PERSONA

Volviendo a las amistades literarias de Paravicino, digamos que, en vida, además de dedicarle la graciosa *Estafeta del Dios Momo* (1927), también le dedicaron sus poesías escritores como Pantaleón de Rivera y Lope de Vega. La Silva de Lope está llena de galantes y exagerados elogios:

«Pero ya de mi amor las justas quejas
 (Fama, si tu las alabanzas dejas
 Por infinita suma,
 Que no querrás fiarlas de otra pluma)
 Al padre Hortensio Félix me proponen;
 Los laureles perdonen
 De Grecia y Roma en ocasión tan justa;
 Que el cerco de oro de su frente augusta
 Juzgo a pequeño premio, y le consagro
 Estos versos por único milagro;
 Porque como él lo es, también lo fuera
 Si amor, y no la pluma, los hiciera.
 Si Dios no hiciera flores, primavera
 Fuera tu ingenio celestial florido.
 Y si frutos no hubiera producido,
 Tu ingenio frutos celestiales diera.
 Si el sol de nuestro polo se escondiera,
 Tu ingenio sol de España hubiera sido,
 Y donde Dios no fuera conocido,
 Por tu ingenio sutil se conociera.
 El ingenio del ángel reservado,
 Porque el ángel bastó que le imitaras,
 En lo mortal ninguno te ha igualado;
 Que si en ideas puramente claras

Dios te mostrara cuantos ha criado
Solo el ingenio que te dio tomaras» (22).

Muerto ya el gran predicador, Lope de Vega volverá a elogiar el talento, el saber, las virtudes y la elocuencia del padre Hortensio en su extensa égloga *Eliso*:

«.....
Partióse, aunque de nuestra
Tierra infeliz con victoriosa palma,
¡Ay ojos! la luz vuestra;
Partióse el corazón, partióse el alma.
Mas, ¿qué difieron el nombre en mal tan fuerte?
Partióse Hortensio, ¡oh lágrimas! ¡oh muerte!
Hortensio, aquel florido
Huerto del cielo, de tan variadas plantas
Retóricas vestido,
Que las humanas y las letras santas
Fueron en su labor rosas pangeas,
Cultura de sus márgenes bibleas.
El huerto, en cuya fuente
puso la mano la villana envidia;
Mas su cristal luciente,
Mientras más le detiene y le fastidia,
Más fuerza cobra, y por su oscura nube
Trepas los aires y a los cielos sube.
.....
Aquel nuevo africano,
Crisóstomo español con labios de oro,
Que nunca ingenio humano
Del intelectual celeste coro
Tanta parte alcanzó, pues parecía
Extasis de su misma jerarquía» (23).

En la égloga mencionada entra otro pastor, Arsenio, y Eliso le confiesa que quiere escribir sobre la vida y la obra de Paravicino, pero añade que está tan afectado por su muerte que no llega la inspiración:

«Arsenio amigo, a mi dolor atento,
De mi muerto pastor alguna parte
De sus virtudes escribir intento.
Mas, como vence el sentimiento al arte,
Huyendo los conceptos de la idea,
Versos me niegan y lágrimas reparte.»

(22) *Op. cit.*, pág. 612.

(23) «Obras no dramáticas de Lope de Vega», *B. R. A. E.*, t. XXXVIII, páginas 334-335.

Arsenio le orienta a cerca de cómo debe empezar a hablar sobre el difunto padre Hortensio:

«Invoca, Eliso amigo, al sacro Apolo,
No aquel de los oscuros pensamientos,
Que tantos hijos tienen en nuestro polo,
Sino aquel padre de la luz, que atentos
Tiene a sus sabios a sus frases claras,
Que él te dará su lira y sus acentos;

.....
Lo primero dirás su nacimiento,
Que a toda noble acción, lustre y decoro
Fue siempre el más urbano fundamento.»

Al final, los dos pastores, Eliso —que representa el sentimiento— y Arsenio —la razón— dedican finos elogios a la persona de Hortensio. Salas Barbadillo también lamentó la muerte del trinitario, a quien considera:

«de las artes y las ciencias
epílogo ingenioso,
en todo singular y prodigioso» (24).

Para el autor de *La hija de la Celestina*, Paravicino ha logrado ser, con su elocuencia, poderoso, magestuoso y grande:

«Río de tanta copia y afluencia,
¡cuánto con ella se hizo poderoso!
¡cuánto con ella majestuoso y grande!
¡cuánto dulce y suave!
que aun a lo irracional, a lo insensible,
de su valiente espíritu un aliento
inspiraba discurso y movimiento.»

Quevedo también lamentó la muerte del padre Hortensio en uno de sus conceptuosos sonetos: en el primer cuarteto nos recuerda que, a pesar de haber fallecido, todavía lo que él enseñó conmueve a la gente:

«El que vivo enseñó, difunto mueve,
y el silencio predica en él difunto:
en este polvo mira y llora junto
la vista cuanto al púlpito le debe» (25).

(24) SALAS BARBADILLO, *Obras*, Madrid, 1634.

(25) FRANCISCO DE QUEVEDO, *Poemas escogidos* (ed. de José Manuel Blecua), Castalia, Madrid, 1972, págs. 145-146.

El segundo cuarteto empieza y termina con alusiones mitológicas. Se inicia con el mito de las invencibles musas, que abandonan su canto perplejas ante la extraordinaria voz del predicador, y concluye con otro mito, el del ave Fénix, mediante el cual don Francisco asegura que no ha nacido ningún discípulo del predicador para que se «renueve su pluma»:

«Sagrado y dulce, el coro de las nueve
enmudece en su voz el contrapunto:
faltó la admiración a todo asunto,
y el Fénix que en su pluma se renueve.»

En los tercetos, Quevedo nos dice que resultan tan notorias las cualidades de Hortensio que podía haber prescindido de la mención a su nombre, pues son por todos conocidas. Por último (segundo terceto), a través de un complicado juego conceptual, se nos presenta a la Muerte, personificada, como un posible oyente de las palabras silenciosas de Paravicino, y Quevedo nos asegura que, de no ser sorda, terminaría perdiendo, al oírle, su fama de inexorable:

«Señas te doy del docto y admirable
Hortensio, tales, que callar pudiera
el nombre religioso y venerable.
La Muerte aventurera, si le oyera,
a perder el blasón de inexorable,
y si no fuera sorda, le perdiera.»